BOLETÍN

DE LA

BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO

AÑO V.—ABRIL-JUNIO, 1923.—NÚM. 2

UN POEMA ÉPICO

DE

MENÉNDEZ Y PELAYO

Algo precipitado anduvo el Sr. Rubio cuando al publicar en 1913 los trabajos escritos por Menéndez y Pelayo para las oposiciones a los premios de las asignaturas de Literatura general y española, Literatura latina, Lengua griega y Geografía, en la Universidad de Barcelona, más el discurso *Cervantes considerado como poeta,* puso por título de su curioso folleto: *Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo, y su primer Discurso* (1).

Tengo yo a la vista el original autógrafo de aquella disertación que pronunció en la cátedra de Filosofía del Instituto de Santander sobre *La inmortalidad del alma* y no me atrevería a titularla el primer escrito de Menéndez y Pelayo. ¿Ni cómo precisar cuándo escribió su primer trabajo literario, quien a los 14 años componía de esta manera un modelo de portada?

(1) *Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo, y su primer Discurso,* por Manuel Rubio Borrás, Bibliotecario Archivero de la Universidad de Barcelona.—Barcelona, Gustavo Gili, 1913.

«*Obras de Marcelino Menéndez y Pelayo.*

D. ALONSO DE AGUILAR

EN

SIERRA BERMEJA.

POEMA HEROICO EN OCTAVAS REALES

DE

MARCELINO MENÉNDEZ

Y

PELAYO

BACHILLER EN ARTES.

(Van adjuntos el poemita, traducido de los metamorfoseos de Ovidio y Titulado:

PIRAMO Y TISBE.

La traducción de la égloga VIII de Virgilio y diferentes poesías del autor).

1.ª EDICIÓN CON NOTAS.

SANTANDER

1871.»

Hubo de redactarla en el mes de septiembre de este año de 1871 antes de partir para Barcelona a cursar la carrera de Filosofía y Letras. «Comenzóse este poema a 15 días del mes de mayo de 1871 en Santander», dice el original autógrafo, después la octava 34 con que termina el canto 1.º de *D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja* y «se terminó a 12 días del mes de septiembre en Santander», según reza al final del canto 3.º

Había entonces en esta ciudad un Ateneo que tomaba nuevos rumbos y gran impulso en el otoño de 1871. Así se desprende de un raro folleto, que salió de la *Imprenta del Santiago y a ellos,* escrito por Ozcáriz, profesor del Instituto a quien muchos santanderinos todavía recuerdan. El folleto tiene dos partes. La primera lleva por

título *La nueva aurora del Ateneo de Santander. Reseña preliminar,* y es la segunda un discurso de Ozcáriz leído en el Ateneo sobre *Los pueblos latinos y las mujeres célebres.*

La Reseña preliminar empieza así: «La sesión mixta (lírico-literaria) de dicho Ateneo, verificada en la noche del 18 de octubre del año actual, ha sido una de las más brillantes que se han conocido, por la circunstancia de haberse verificado allí mismo donde se da instrucción a los-alumnos y por haber las señoras y señoritas honrado con su asistencia el recinto de la Ciencia, demostrando así que ya no necesitan de los atractivos de un teatro para admirar los triunfos de la literatura y del arte».

Ozcáriz, que era un feminista convencido se entusiasma con el espectáculo, *late su corazón al compás del angélico canto de las señoritas* y su imaginación *vuela extasiada por la dorada esfera de los poetas.*

El Sr. Calderón, presidente del Ateneo, pronunció un *discursito,* al decir de Ozcáriz, *elegante* y *lógico.* La Srta. de Lastra ejecutó al piano la Fantasía del «Fausto» «con tal inteligencia y tal acierto que al oirla Fausto, hubiese olvidado a Margarita». Cantó también la señorita Saint Venant y tocaron otras señoritas, las de Molino, Manso y Barbáchano. A los Sres. Anievas, Herro y Lera, así como al maestro Juan García que dirigió la sinfonía inicial, dedica Ozcáriz muchos elogios.

En la parte literaria leyó versos propios la Sta. Ormaeche, *notable y conocida poetisa,* el *Sr. del Río un artículo* A LAS SEÑORAS, *en el cual les da excelentes consejos y advertencias para propagar la instrucción,* Cuyás, Jackson, Fernández, Sierra, Escobedo, Fuente, Plasencia, del Río y Colongues leyeron versos o prosas, y el propio Ozcáriz su soflama sobre los pueblos latinos y las mujeres célebres.

He dejado para el final de esta reseña de la *Reseña,* los siguientes párrafos: «El señor Plasencia leyó una parte del magnífico canto *La muerte de D. Alfonso de Aguilar,* compuesto por el Sr. Menéndez, joven de 14 años, de talento precoz, lleno de premios y lumbrera de la juventud escolar de este Instituto.

La composición tiene un sabor clásico legítimo, una elevación homérica, la propiedad de la frase, la selecta erudición, la cadencia del metro y otras bellezas literarias, cuya enumeración requiere un análisis especial y detenido. Todo ello prueba que el Sr. Menén-

dez está ventajosamente impuesto en los clásicos latinos y castellanos.»

Para el 18 de octubre estaba, ya hacía unas semanas, Menéndez y Pelayo en casa del Sr. Luanco, en Barcelona, y por esto su amigo D. Antonio Plasencia leyó por él las octavas del poema de D. Alonso de Aguilar.

El autógrafo acompañó al joven bachiller en Artes en su viaje a las playas laletanas. Fiel a su maestro Horacio quería el poeta limarlo y corregirlo antes de que apareciese impreso.

En aquel apacible y delicioso *Conventículo,* que formábamos alrededor de D. Enrique algunos amigos, nos refería en cierta ocasión el Sr. Vijande, sobrino de Luanco y compañero de posada de D. Marcelino mientras éste vivió en Barcelona, que el poema de don Alonso de Aguilar era la preocupación constante de su amigo y motivo de chistes para el graciosísimo Sr. Luanco, que compuso, sobre él y su autor, unas aleluyas. Al poema se le llamaba en la casa *el instrumento,* porque escrito en pliegos grandes de papel y envueltos estos pliegos en un periódico, iba siempre con el rollo debajo del brazo el poeta épico de D. Alonso.

D. Marcelino no tuvo nunca muy buena letra, en cambio la tenía preciosa su padre y éste se encargaba de ir poniendo en limpio, conforme se las iba enviando corregidas su hijo, las estrofas del poema.

Su autor ardía por verlas impresas y sin esperar a que formasen parte principal de aquel libro soñado, acudió a su amigo Pereda y a su tío D. Baldomero Menéndez,—gobernador de provincia cuando venían bien dadas, periodista, geógrafo y autor dramático en tiempos de obligada cesantía,—para que consiguiesen de Galdós que publicase el poema en algún periódico o revista de Madrid, como se deduce de la siguiente carta que, aunque no tiene fecha, podemos suponerla de 1872 ó 73.

Sr. D. Baldomero Menéndez.

Muy Sr. mío: Hace pocos días escribí al Sr. Pereda, de Santander (por quien conocí a su sobrino de V.), diciéndole las razones que me han obligado a no publicar hasta hoy el poema. A V. puedo decirle que se publicará pronto, aunque, con gran sentimiento mío, algo mutilado, por no permitir otra cosa las dimensiones de la composición.

Puede V. participarlo así a su sobrino, diciéndole que me dispense la tardanza y también los cortes que me veo obligado a dar a su obra.

Queda de V. aftmo. y s. s. q. b. s. m.,

B. Peréz Galdós.

Madrid, 27 enero; Serrano, 38, 2.°

La tardanza no tenía más remedio que dispensarla el poeta; pero no dispensaría a Galdós los cortes que pensaba dar al poema, que más arrugado y pálido volvió a la carpeta, de donde ya no había de salir a nuevas aventuras.

Ahora, después de tan largo preámbulo, esperará el lector paciente que yo lo transcriba. Con gran placer lo hiciera; pero en el margen superior del primer folio hay escritas estas palabras de letra del Menéndez y Pelayo, ya hombre maduro. «Prohibo que se publique ni dé a conocer nada de este poema, más que su título». Yo ya sé que el lector había de absolver mi desobediencia, porque puesto en mi lugar, comprendería lo fuerte de la tentación... Hasta hoy he tenido fuerzas para vencerla.

M. Artigas.